

EL CUARTO SOL

Minerva Juárez Cruz
Profesora de Letras Hispánicas

La colcha calatea me sostiene, siento que levito; tal vez, sueño con ligereza y, de fondo, las alegres voces de los niños cantan en la banqueta: “naranja dulce, limón partido, dame un abrazo que yo te pido”. Me cubro el rostro con mi brazo para evadir los rayos del astro que se cuelan por la ventana, la cual se sitúa en medio de la pared. Las cortinas son color del atardecer o tal vez pelirrojas, lo cierto es que las paredes son todas naranjas, enteras, ninguna por la mitad, y ruedo de repente por el suelo sin saber en qué momento he caído de la cama. Adentro, muy adentro, la langosta que tengo por corazón se preocupa de ser devorada por algún caramelo. Sin querer, me escurren gotas de miel y existe un temor ante la burla de las abejas que habitan los rincones del cuarto sol. Los pequeños continúan: “si fuera falso mi juramento, en otros tiempos se olvidarán”. Con poca energía, me levanto para observarme en el espejo, encontrando en mi rostro una sonrisa cuarteada y un par de ojos cansados de tanto esperar. Zumban que zumban las abejas del cuarto sol, amotinándose en mi cuerpo para succionar lo dulce. Afuera se logra escuchar: “toca la marcha, la marcha toca, a mi casita yo ya me voy”. Abro las cortinas para pedir ayuda, y los pequeños ya están lejos, solo me queda ser absorbido, sin oposición a los aguijones, mostrándome cosquilloso ante el aleteo del centenar de abejas que me devoran. Cerca del panal, los pequeños terminan la cancioncita: “a la cocina yo voy corriendo, a comer dulces y no les doy”.



